

las fuentes de argumentacion, cuando se haya de apelar á la razon natural, sean adaptadas al gusto científico dominante. Este gusto será, si se quiere, caprichoso, insustancial, inferior al que prevaleciera en otros siglos; pero sea lo que fuere, no está en nuestra mano el destruirle: es un hecho, y aun cuando no se le apruebe, es necesario conocer que existe, y obrar conforme á las nuevas condiciones que él nos impone. Protestar contra él, empeñarse en no tenerle en cuenta, proceder como si no existiese, es luchar contra la fuerza de las cosas, es condenarse á vivir en el aislamiento, es privarse de los medios de accion sobre la sociedad, es no querer emplear en defensa de la religion armas que pueden servirle mucho, es olvidarse de la conducta que siguieron en todos tiempos los doctores de la Iglesia, cuando aplicaron tambien al órden científico aquella regla del Apóstol, de hacerse todo para todos, para ganarlos á todos.



EL SOCIALISMO.

Artículo Primero.

El socialismo, ó bien aquella escuela que se propone destruir el órden social existente, constituirlo sobre nuevas bases y arreglarlo con diferente norma, es objeto digno de la meditacion de todos los hombres pensadores y amantes de la humanidad. Porque se equivocaria grandemente quien considerase á estos novadores como despreciables fanáticos, que víctimas de una ilusion ensajada por el orgullo, pasan y desaparecen sin dejar tras de sí ninguna huella. Es cierto que ni se han planteado ni pueden plantearse los sistemas que ellos propalan; que sus doctrinas se mantienen por ahora, y probablemente se mantendrán por mucho tiempo, en la esfera de simples teorías; más la semilla que ellos arrojan al acaso, se deposita en tierra que la recoge con avidez, quizás para fecundarla el día que la Providencia quiera desencadenar sobre el mundo desconocidos y espantosos trastornos. Que las ilusiones de esa escuela no son para despreciadas, lo indica la repeticion de sus apariciones en diferentes tiempos y países, y el que el mal éxito de los proyectos del innovador no desalienta á los que intentan suederle ó imitarle. Hay, empero en la actualidad una circunstancia notable y que no deja de ser alarmante. En todas épocas se han visto hombres que soñaban una nueva república, fundada sobre principios muy diferentes de los en que estribaba la sociedad en que vivían. Pero estos filósofos no salían por lo comun de la esfera de tales; contentábanse con meditar en el retiro de su gabinete, con pasearse en espíritu por mundos imagina-

rios; y lo mas á que se atrevian era escribir un libro, que mas bien publicaban como obra de instruccion y pasatiempo, que no como proyecto realizable. No ha sucedido así en nuestro siglo, pues que los reformadores no han querido resignarse al papel de utopistas, sino que empeñados en hacer aplicaciones de sus ideas, se han erigido en fundadores y directores de una sociedad nueva, enteramente calcada sobre los principios que ellos escogitasen.

Escaminando este fenómeno en sí, é investigando las causas de tamanía diferencia, las encontraremos en el inmenso desarrollo que en todos sentidos ha tenido el espíritu de libertad; en esas tendencias democráticas que forman uno de los caracteres de nuestra época; en esa escentricidad de los entendimientos que carecen de toda idea fija que pueda servirles de polo; en ese vuelo de los sentimientos y de la fantasía que se complacen en salir del mundo real y en divagar por regiones imaginarias; en ese profundo malestar, en esa inquietud febril que trabaja los ánimos, y mucho mas á los hombres de genio, despues que se han hundido en ellos las creencias religiosas, y se ha arrebatao al triste mortal esperanza de mejor vida mas allá del sepulcro.

Ahora el pensamiento no se contenta con permanecer oculto; en el bufete del sábio; teniendo á la vista la esperiencia de la realizacion de otros que le parecen mas árdulos, apenas concebido forceja por descender al terreno de la práctica. Borrados los limites de la verdad y del error, de la justicia é injusticia, se encuentra detenido por leves rayas que separan lo conveniente de lo dañoso, tiradas muchas de ellas por los mismos hombres que destruyeron ayer, y que proclaman como de eterna duracion la obra que han levantado hoy sobre las ruinas de lo que nos legaron los siglos. Entonces el pensamiento concebido con fuerza, ardiente como la matriz donde se ha formado, lleno de energía y brio como la cabeza en que se agita, indignase contra la resistencia que le oponen otros pensamientos, que cuando mas, mira como sus iguales, y como que les dice: "¿Quiénes sois vosotros para decirme, *no pasarás de aquí*, como el Criador á las olas de la mar? Vuestros títulos se fundan en que llegásteis ayer y yo he llegado hoy; para vosotros no prescribió lo antiguo que contaba su existencia por siglos, y ¿queréis que prescriba lo vuestro que no tiene de duracion mas que un dia? Ya que vosotros lo habeis ensayado, dejadme que yo ensaye tambien; ya que habeis reconstituido la sociedad del modo que bien os ha parecido, dejadme que yo la reconstituya tambien como mejor me agrade. Si vosotros invocásteis la humanidad, yo la invoco tambien: si proclamásteis la libertad, yo la proclamo tambien: si tronásteis

contra la desigualdad, yo trueno contra ella tambien: si condenásteis como injusto todo lo existente, injusto lo declaro yo tambien, y como tal lo condeno, incluso lo que vosotros habeis añadido. Vosotros invocásteis la humanidad para hacerla participante de los derechos políticos, y llamando al rededor de las urnas electorales á un número muy reducido lo habeis dicho: "Conténtate con esto, y cree sobre nuestra palabra que ejerces la soberanía;" yo llamo á la humanidad no para que asista á combinaciones artificiosas que ni sacian su hambre, ni apagan su sed, ni cubren su desnudez, ni lisonjean siquiera su orgullo, ya que á la mayor parte de los hombres los privais de este derecho; yo la llamo á la comunidad de bienes, á la participacion de goces positivos, á disfrutar una felicidad hasta aquí desconocida, con la satisfaccion de todas las necesidades, de todas las pasiones, de todos los caprichos. Vosotros proclamais una libertad que no escime al pobre de la dependencia del rico, que encadena al criado á los piés de su amo, que deja al mendigo tiritando de frío á las puertas del palacio del poderoso, mientras éste se embriaga de placer en sus brillantes y voluptuosos festines; yo proclamo una libertad que no consiente diferencia de pobres ni de ricos, y que por lo mismo no deja á unos esclavos de otros; vuestra igualdad es una igualdad mentida, porque deja la espléndida morada del magnate insultando la asquerosa mansion del infeliz, y el traje ostentoso del rico, al lado de los andrajos del necesitado; yo sostengo que no hay igualdad mientras se conservé desigualdad tan repugnante; yo no quiero que la impetuosa carroza donde briosos caballos lujosamente enjaesados arrastran á un mozo en la flor de sus dias, atropelle al anciano desvalido, que trémulo y falto de fuerzas puede apenas sostenerse apoyado en su baston; yo quiero que uno mismo sea el traje de todos, y igual la habitacion, igual la satisfaccion de las necesidades, igual el goce de los placeres; no quiero que del sudor de muchos se alimenten y gocen los pocos; quiero que los productos del trabajo se distribuyan en porciones equitativas; no quiero que resulten inmensas ventajas al capitalista, no reportando al pobre trabajador mas que un miserable salario; esto es igualdad; esto es libertad; aquí está la verdadera tabla de los derechos; estos son los verdaderos intereses del linage humano; lo demas son groseras mentiras." Esto dice el pensamiento de hoy al pensamiento de ayer; esto es natural que le diga, una vez desatendidos los principios de justicia y reconocidos únicamente los de conveniencia, apreciado conforme al juicio del mas fuerte. Un abismo invoca otro abismo; y esto indica la necesidad de conservar intactos los principios eternos, tutelares de las sociedades, sin los cuales el mundo se convertiria en un caos.

Al hombre que considera la sociedad desprovisto de las luces de la religion cristiana, no estrañamos que le asalten dudas terribles sobre la justicia y la conveniencia de la organizacion eciesistente y de la pasada, y que se abandone á osados pensamientos encaminados á trastornarlo todo para ensayar otros sistemas. *Humanum paucis vivit genus, el linage humano es patrimonio de pocos*, dijo un escritor antiguo; y esta repugnante asercion que tan esactamente se verificaba en las sociedades gentiles, no deja aún en la actualidad de ser verdadera bajo muchos aspectos. Antes del cristianismo, la esclavitud tenia igualados con los brutos á un número inmenso de hombres. En el derecho romano, que se ha apellidado la razon escrita, los esclavos no eran considerados como hombres sino como cosas, y poseyendo el dueño el formidable poder de vida y muerte, un infeliz era arrojado á las murenas por haber roto un vaso. Si parecia asesinado un amo, eran conducidos al patibulo todos sus esclavos, aun cuando fueran á centenares; despues de haber servido á fomentar la vanidad, á sostener el lujo, á satisfacer todos los caprichos del difunto durante su vida, se vertia la sangre de todos por la mera sospecha de que uno de ellos se hubiese arrojado á cometer un crimen á que quizás le impulsara la desesperacion provocada con un tratamiento cruel. ¡Cuántas generaciones de esos infelices han pasado sobre la tierra viviendo en la mayor abyeccion, en medio de las mayores fatigas, sufriendo las mas duras privaciones, soportando penosísimos trabajos! ¡Cuántos suspiros que nadie escuchara, cuántas lágrimas que nadie enjugó, cuántas aflicciones que nadie pensó en consolar! Ved lo que sucede en las colonias con los infelices negros, á pesar de la influencia del cristianismo, de la suavidad de las costumbres, del progreso de la civilizazion y cultura, y conjeturad lo que seria del humano linage, dominando en casi todo el universo un sistema tan degradante y desastroso.

A mas de los esclavos, eciesistian tambien numerosos pobres, resultado de la emancipacion ó de otras causas. Esas clases inundaban las plazas públicas de Atenas y de Roma, y vendiendo su voto á los poderosos, eran un perenne elemento de disturbios y revoluciones. Tambien de ellas se verificaba que vivian para pocos, que á pocos pertenecian como un patrimonio; pues que esta suerte cabe al desgraciado que para adquirir los medios de subsistencia se ve precisado á ser instrumento de las miras ó de los caprichos ajenos. Para esas turbas era indiferente que la forma de gobierno fuera mas ó menos libre. ¡Qué le importa al pobre el ganar su sustento obedeciendo silenciosamente las órdenes de quien lo paga, á

obedecerlas tambien vocando por su mandato en una plaza pública?

No puede negarse que con la estension y arraigo del cristianismo, se mejoró asombrosamente el estado de las clases mas numerosas, pues que desde luego los esclavos fueron tratados con mas dulzura, los pobres socorridos con mas solicitud y generosidad; y añadiéndose á esto que por distintos medios se fué realizando la emancipacion y se anduvieron fundando establecimientos de beneficencia para todo género de necesidades, resultó que el infeliz desvalido no se halló en aquel espantoso abandono en que le dejara la crueldad de las costumbres paganas. Largos siglos ha continuado la religion sus obras en favor de la humanidad; largos siglos se ha meditado y trabajado para hacer el infortunio menos general y menos duro; sin embargo, menester es confesar que el aspecto de la sociedad dista mucho de ser satisfactorio, que todavía ofenden desigualdades monstruosas, que todavía entristece el corazon la presencia de horribles calamidades, todavía vemos la risa al lado del llanto, el placer al lado del dolor, el lujo escarneciendo la desnudez, la prodigalidad mas escandalosa insultando á la miseria agobiada de privaciones.

Y quien considere estos objetos en su aislamiento, solo fijándose en lo que ofrecen de aflictivo y repugnante; quien á la vista de ellos no pueda levantar los ojos al cielo y no medite sobre el origen y destino del hombre; quien no posea la clave misteriosa que esplica estos incomprensibles arcanos, señalando la causa de tantos males en una degeneracion primitiva; quien abandonado á las luces de su flaca razon y á los impulsos de un corazon sensible, contempla el mal sin compensacion, el sufrimiento sin esperanza de consuelo, la maldad sin temor de castigo, el placer sin la amargura del remordimiento, nada estraño es que proteste contra semejante desigualdad, que se indigné contra lo que él apellida chocante injusticia, que clame por el remedio de tantos males, y que profiera el trastorno del mundo á la continuacion de las calamidades presentes.

No nos cansaremos de repetirlo: sin las luces de la revelacion el hombre, la sociedad, el universo entero, son un misterio incomprensible; sin ese faro que esclarece las tinieblas, no es dable explicar el conjunto de verdad y de error, de bien y de mal, de grandor y de pequeñez, de elevacion y de vileza, de felicidad y de desdicha, de goce y de dolor que se nota por todas partes, en todas las edades, en todos los secos y condiciones; no es dable concebir cómo sin una caida de que haya sufrido todo el humano linage, este vive sobre la tierra tan colmado de infortunio. Al contrario, si nos atenemos á lo que nos enseña la augusta religion del Crucificado, si recorda-

mos que el hombre no salió de las manos del Supremo Hacedor tal como ahora se encuentra, sino con la luz en el entendimiento, la rectitud en el corazón, inundada de gracias su alma, colmado su cuerpo de bienestar, rodeado de prosperidad y de ventura, con las pasiones sujetas á la voluntad, la voluntad sometida á la razón, y todo el hombre sujeto á Dios; si no olvidamos que el pecado destruyó esta hermosa obra, y que indignado el Señor contra su criatura le dijo que moriría, que comería el pan con el sudor de su rostro, y que la tierra le produciría espinas y abrojos; si tenemos presente esa admirable historia donde se contiene la clave para descifrar el enigma del mundo, entonces nada de lo que vemos nos asombra: en la serie de los acontecimientos aflictivos que se nos ofrezca, contemplamos la mano de la Providencia conduciéndolo todo á sus altos designios, y no nos atrevemos á blasfemar contra los arcanos del Omnipotente.

Por esto habíamos dicho en otro lugar y repetimos aquí, que la religión es la verdadera filosofía de la historia; porque sin esta lumbrera no hay ideas fijas, no hay principios seguros en ninguna parte: el hombre vacila, duda, avanza, retrocede, camina incierto y al acaso; aun cuando su razón natural le enseña muchas verdades, siente, no obstante, un vacío, experimenta la necesidad de un punto de apoyo mas firme, de algo que le corrobore en su languidez, que le fije en su paso fluctuante, que le aliente y sostenga cuando desfallece. ¿Quién no ha probado mil veces este estado indefinible del alma, cuando se abandona á meditar sobre los profundos arcanos del universo, dejando á un lado la enseñanza de la religión? ¿Quién no se ha retirado de esas regiones de vaguedad y de tinieblas, con aquella postracion y abatimiento que resultan de grandes esfuerzos para alcanzar lo imposible? ¿Quién no se ha convencido por esta triste experiencia de que son *timidos los pensamientos del mortal, de qué son inciertas nuestras providencias?* Cuando la religión no nos proporcionara otras ventajas: que la fijeza de principios con cuyo auxilio resolvemos sin trabajo los mas difíciles problemas sobre el origen y destino de la humanidad, debiéramos estarle agradecidos por un beneficio, que á un mismo tiempo que nos comunica la luz de la ciencia, tranquiliza nuestros espíritus en medio del infortunio, infundiéndoles la resignacion y la esperanza.

Considerada la humanidad desde el punto de vista en que nos coloca la religión, vemos un magnífico conjunto con todas sus partes, con todas sus relaciones, con todos sus lunares y bellezas: en ella todo viene del cielo y va á parar al cielo; el bien dimana de la misericordia infinita; los sufrimientos son castigos; la ignorancia es

la pena que ha seguido al orgullo del saber; la muerte es el resultado de haber querido el hombre ser igual á Dios; y la vida llena de afanes, de trabajos y miserias, es el fruto de haber tenido en poco otra vida sosegada, placentera, feliz, encantada con los hechizos de la inocencia. Los desgraciados que carecen de estas luces ó se obstinan en despreciarlas, no ven en el hombre otra cosa que un ser que lucha incesantemente consigo mismo, lleno de necesidades que no puede satisfacer, de pasiones que no le es dable saciar, de caprichos que no le es permitido contentar; ansioso de saber y sumido en la ignorancia, sediento de felicidad y abrumado de desdichas; por esto claman como insensatos contra la sociedad entera, blasfeman contra la bondad divina, ó le atribuyen falsos designios; viven en las tinieblas del error en todos sentidos; divagan por espacios imaginarios; andan de continuo tras mentidas sombras, que se les desvanecen como humo en el momento de estrecharlas en sus brazos, y no alcanzan otro resultado de sus trabajos, que las estériles satisfacciones de la vanidad y del orgullo.

Artículo Segundo.

TEORIAS DE ROBERTO OWEN.

Espusimos en el artículo anterior el origen de las doctrinas trastornadoras de la sociedad que habian aparecido en este siglo. Allí fijamos su carácter é indicamos su tendencia; advirtiendo las consecuencias trascendentales y funestas á que puede conducir la propagacion de tan graves errores. Mas como quiera que en el lugar citado hablamos en general, y no nos era posible descender á pormenores, ni sobre los escritos de los socialistas, ni sobre los ensayos á que se han aventurado, lo haremos en los artículos sucesivos, comenzando en el presente por el que sin duda es mas digno de llamar la atencion, aun cuando su nombre sea entre nosotros menos conocido que el de Saint-Simon y de Fourier. Roberto Owen es á un tiempo teórico y práctico; distinguiéndose

de los demás reformadores, en que éstos comenzaron por escogitar teorías que luego se proponían poner en planta, y el principio por obrar; y de sus mismas obras recibió la inspiración de su teoría. Sin duda que ésta es altamente errada, estremamente dañosa y disolvente; más por lo mismo que sale de la boca de un hombre práctico, y que si bien ha caído en la manía de escribir mucho, no puede negársele que ha pasado gran parte de su vida en el ensayo de sus doctrinas, éstas son mucho más peligrosas, dado que son más á propósito para seducir en este siglo que tanto se precia de amante de los hechos.

Roberto Owen comienza por declarar errados y dañosos todos los sistemas sociales que han existido hasta el día de hoy. En su célebre *Manifiesto* publicado en Londres el 2 de Febrero de 1840, estampado sin rodeo ni embozo, que el sistema de sociedad que ha prevalecido hasta nuestros días, tiene su origen en nociones imaginarias salidas de un estado primitivo, grosero é insperito del espíritu humano; añadiendo en seguida que “todas las circunstancias exteriores que rigen el mundo, son obra del hombre, y se resenten de estas nociones primitivas é imperfectas.” Mucha osadía es necesaria para condenar tan decisivamente todo lo que ha existido y existe; y revela ciertamente un orgullo desmesurado la pretensión de dar á la sociedad una organización nueva y enteramente satisfactoria, cuando se supone que se la encuentra envuelta en un caos, de que no le ha sido posible salir en todos los siglos anteriores. Mil veces se ha dicho que la organización social era susceptible de grandes mejoras; que había muchos bienes que producir, y males que remediar; que la ignorancia, la malicia y las pasiones de los hombres, alteraban la armonía que reinar debiera en el mundo, y que era muy importante el neutralizar por todos los medios posibles, esa funesta influencia, en cuanto cabe, atendida la misera condición de la prole de Adán. Pero Owen no se limitaba á deplorar los males que nadie niega, y antes de proponer el sistema con el cual intenta regenerar la sociedad, quiere dejar asentado que hasta él nada bueno se había hecho, y que no se tenían sino nociones imaginarias salidas de un estado de grosería é insperencia.

Segun Owen, los hechos prueban de una manera evidente á quien observe y reflexione, que esas nociones primitivas y groseras, son erróneas de un modo lamentable; y que en las edades precedentes, las cuales pueden ser justamente llamadas el *período irracional de la existencia humana*, el hombre ha sido engañado con respecto á su propia naturaleza, y conducido á ser el más imperfecto é inconsecuente de todos los seres. Esta expresión del *período*

irracional de la existencia humana, es sobremanera peregrina; mayormente cuando veremos en lo sucesivo que el juez que se atreve á pronunciar un fallo tan severo, establece doctrinas degradantes, que sin duda acarrearían un período irracional de la existencia humana, si posible fuera que llegasen á realizarse.

Y ¿en qué funda el orgulloso filósofo esta condenación en que envuelve á la humanidad entera? ¿Ha descubierto, por ventura, algún hecho desconocido? ¿Ha levantado el velo que cubriera algún arcano, ó puede alegar alguna cosa de que no tuvieran noticia los que hasta aquí han meditado sobre el destino del humano linaje? no ciertamente: solo que segun él la historia de la raza humana, demuestra invenciblemente el estado grosero del espíritu humano, y cada una de sus páginas contribuye á establecer con pormenores lo insensato é irracional de su tendencia. ¿Así se borran de una plumada los siglos de Pericles, de Augusto, de Leon X, de Luis XIV? ¿Así se desprecian las glorias del presente, declarando al espíritu humano grosero, insensato é irracional, cuando se imaginaba poder lisonjarse de su desarrollo, adelantos y espléndida cultura? “Esta historia, dice Owen, ha sido una serie de guerras, de pillage, de degüellos, de divisiones interminables, de mútua oposición, á un estado de paz y de felicidad; un largo período en el cual cada uno ha estado en lucha con todos, y todos con cada uno; principio de conducta admirablemente calculado para producir la menor prosperidad y la mayor miseria posible.” En estas palabras del reformador, hallamos el origen de sus estravios, origen que consignamos ya en el artículo precedente: la vista de las calamidades que han afligido y afligen al género humano.

Si bien se observa, este es el punto de partida de todos los errores en esta materia; hombres que no profesan ningún principio de religión, que no llevan en cuenta las tradiciones antiguas, que no hacen caso de las creencias de los pueblos sobre la existencia de un trastorno primitivo, fijan su mirada sobre la triste condición que cabe á los hombres en esta tierra de infortunio. ¿Dónde está la justicia, preguntan entonces? ¿Dónde la equidad? ¿Cómo es que esa débil criatura haya de ser víctima de tantos padecimientos? Y faltos de la luz de la fé, empeñados en no aclarar su filosofía con los resplandores que la revelación puede prestarles, aun cuando no la acataran como obra divina, se pierden en sus vanos pensamientos, los unos negando á Dios, los otros blasfemando de la Providencia, estos acusando á la humanidad entera, aquellos echando la culpa á la superstición y al fanatismo; en una palabra, divagando en todos sentidos en busca de una verdad, que si la buscasen con corazón

recto é intencion pura, la encontrarian consignada en la ensenanza del cristianismo.

Que se agiten en insensatas teorías, que escogiten extravagantes sistemas, solo la religion cristiana ha dado la clave para explicar los misterios del hombre y de la humanidad: no hay otro fundamento que el que ella ha puesto, no solo para levantar el edificio religioso, pero ni siquiera para formar un cuerpo de ciencia. El hombre sin la luz de la revelacion, es un caos; y si se resiste á crear los misterios porque le son incomprensibles, no advierte que se priva de la comprension de uno de ellos, el mas importante y mas allegado, nada menos que él mismo.

Es bien estraño que Owen declare grosero el espíritu humano en todos los siglos y bajo todos los sistemas que nos han precedido, afirmando que el principio de conducta de la humanidad, fué el estar en lucha cada uno contra todos, y todos contra cada uno, sin recordar siquiera las máximas de caridad y fraternidad tan inculcadas por el cristianismo. Si Owen se hubiese limitado á decir que las pasiones oponen gravísimos obstáculos á la realizacion de esas máximas, y se hubiese lamentado de la ceguedad y malicia de los hombres en no querer escucharlos, impidiendo así el que la tierra se convierta en un paraíso, habrian estado de acuerdo con el todos los cristianos, y hubieran convenido en que era de la mayor importancia el trabajar de continuo para el planteo de instituciones, donde los preceptos y consejos del Evangelio tengan una realizacion efectiva en beneficio de los necesitados y en consuelo de los infelices. Pero condenar todo lo que ha existido y existe sin escepcion alguna, afirmar que todas las instituciones son emanaciones directas de los errores primitivos, groseros y graves de nuestros antepasados, tratar de una manera tan insultante todos los principios y sistemas que hasta el presente han regido las sociedades, no era muy á propósito para atraerse prosélitos entre las personas sensatas, antes sí muy conducente á irritar los ánimos, cuando no por otra razon, siquiera por lo lastimado que debia sentirse el amor propio de cuantos tomaran parte en las instituciones que tan altamente se despreciaban.

En lugar de un sistema de ignorancia profunda, que fuerza al hombre desde su niñez á ser irracional, inconsecuente é incompetente para juzgar sus errores mas notables, tanto en su espíritu como en su conducta, asegúranos Owen que va á proponer á todos los pueblos del globo otro sistema social, enteramente nuevo, fundado sobre los principios nacidos de hecho sinvariables, y en perfecta armonía con las leyes de la naturaleza; sistema en que cada uno

adquirirá la asistencia de todos, y todos la asistencia de cada uno; principio admirablemente calculado para producir la mayor prosperidad y la menor miseria posible.

Este sistema, opuesto totalmente al pasado y al actual, realizará sobre la tierra los mayores prodigios; pues que creará un *nuevo espíritu y una nueva voluntad en todo el género humano*, y nos conducirá á todos por una *necesidad irresistible* á ser consecuentes, racionales, sanos de juicio, y prudentes en la conducta. Hasta aquí se habia tenido como una inmensa ventaja, el allanar á los hombres el camino de la virtud, el lograr que, usando bien de su libre albedrío, observasen una conducta juiciosa y prudente; mas con el sistema de Owen, se habrá verificado en nuestra naturaleza una mudanza tan profunda, será tal el milagro de la creacion de un nuevo espíritu y de una nueva voluntad, que no solo seremos racionales, consecuentes y observantes de una conducta juiciosa, sino que no podremos menos de hacerlo así, pues que todos seremos llevados á ellos con necesidad irresistible. Jamas hombre alguno prometiera mas beneficios á la humanidad; jamas se ofreciera á ésta mas lisonjera perspectiva; jamas se pronunciarían palabras que pudiesen embriagarnos de igual gozo y esperanza, si desgraciadamente la misma ecsageracion no nos pusiese de vulto el engaño, si no viéramos que se nos quiere regenerar, y se comienza por despojarnos de nuestro libre albedrío, pretendiendo conducirnos al bien por una necesidad irresistible.

Y no se crea que Owen hable conjeturando y no con entera seguridad de los resultados del sistema que se propone realizar: él abrirá al hombre los ojos sobre la degradacion presente y pasada de la razon humana, sobre la demencia y absurdidad de nuestras instituciones; sobre la imperiosa necesidad en que nos hallamos de reemplazarlas con otras basadas sobre hechos comunes y en armonía con nuestra naturaleza. Por lo tocante á las dudas que pudieran ocurrir sobre esas instituciones, sobre los hechos conocidos y la armonía con nuestra naturaleza, hay señales tan características que con ellas *todo* hombre puede distinguir la verdad del error.

Cuando se haya realizado el prodigioso sistema, se pondrá fin á la ignorancia humana, se detendrán los progresos del pauperismo, se le imposibilitará de volver á presentarse, se destruirán las diversas supersticiones que reinan sobre el globo y se alejarán las causas que hasta aquí han dividido á los hombres, ya en hechos, ya en intencion, y se alcanzará una abundancia inagotable de todo lo necesario á la vida y á los placeres; la penosa tarea de productor que tantos sudores nos cuesta se nos hará mas agradable y mas fácil.

Y por ventura, ¿será necesario esperar muchos siglos para disfrutar de resultados tan halagüeños? ¿El sistema de Owen se parecerá tal vez á todos los grandes pensamientos que han producido á la humanidad algun beneficio de importancia, los cuales han necesitado mucho tiempo para desarrollar los provechosos gérmenes que encerraban en su seno, arraigándose con lentitud, como suele hacerlo todo lo que ha de durar por espacio muy dilatado? Nada de eso: M. Owen conocia muy bien que para herir vivamente las imaginaciones y arrastrar numerosos prosélitos, convenia no aplazar para mucho tiempo despues el coger el fruto de lo que se sembrase: así es que no tiene reparo en asegurar que su sistema, ya desde el primer año de su adopcion, producirá sobre la tierra mas bienestar, mas comodidades y mas moralidad, que no nos ha traído el antiguo en tantos siglos como lleva de existencia y que no podrá traernos jamas.

Creerán los lectores que una mudanza tan radical no podrá efectuarse sin revoluciones sangrientas; que será preciso inundar el mundo en un piélago de sangre y de lágrimas, para que salga mas radiante y puro, mas lleno de prosperidad y ventura; que á la manera de las revoluciones que se han visto hasta ahora, la humanidad no alcanzará el bien, sino soportando grandes males; que no tendrá la dicha sino despues de haber agotado la copa del infortunio; que no llegará á la tierra de promision sino despues de haber divagado largos años por los arenales del desierto. Nada de eso tampoco: el sistema de M. Owen, segun nos asegura él mismo, efectuará todas estas reformas tan radicales, con calma, con tranquilidad, gradualmente y bajo el imperio de un orden tal, que nadie tendrá que sufrir el menor perjuicio en sus intereses morales y materiales; antes al contrario, en todo lugar y en todo pais, todos los hombres experimentarán con la mudanza una satisfaccion y un beneficio.

Ciertamente que no se le puede escisir mas al bondadoso reformador: cambiar la faz del mundo, destruyendo radicalmente el sistema que le gobierna y sustituyéndole otro enteramente nuevo; crear un nuevo espíritu, una nueva voluntad; conducir á todos los hombres á la razon, á la observancia de una conducta juiciosa; estirpar todos los gérmenes de division, hacer que todos vivamos en amable paz y fraternidad, desterrar la ignorancia y ahuyentar el pauperismo, haciendo imposible su vuelta; adquirir á todos la asistencia de cada uno, y á cada uno la asistencia de todos; y para colmo de dicha, atraer sobre la tierra inagotable abundancia de todo lo necesario á la vida y á los placeres, y conseguir tal cúmulo de bienes sin causar el menor daño á los intereses morales y materiales de nadie, sin ha-

cer experimentar la menor desazon, antes causando á todos satisfaccion y beneficios, y esto sin escepcion alguna de paisos ni lugares, es lo que se llama un sistema completo, es el descubrimiento de la piedra filosofal, es dar un mentís á lo que suele decirse de que en esta tierra malaventurada andan los provechosos revueltos con los daños, los goces con los dolores, la risa con el llanto; es resolver cumplidamente el problema social, con una perfeccion que jamas pudiera caber en la mas poética fantasia. La humanidad debe regocijarse con la esperanza de ese tiempo vienaventurado; solo los amantes de lo melancólico, los aficionados á la tragedia, los que se complacen en dramas que hacen derramar abundantes lágrimas, entristeciendo dulcemente el corazon, tienen que quejarse del sistema de Owen. Con la creacion del nuevo espíritu y de la nueva voluntad, se cegarán algunas fuentes de literatura y de artes; desde entonces no se conocerá mas que lo bello y lo agradable, nada que cause horror, nada que hiera los sentimientos, nada que pueda perturbar aquella paz, aquella tranquilidad, aquella apacible bonanza de que disfrutará el humano linage. El siglo de oro de los antiguos poetas nada tiene que ver con lo que se nos promete seriamente desde Lóndres en 1840: los manantiales de leche, los árboles sudando sabrosa miel, el corderillo jugueteando con el leon, la hiena llevando sobre sus espaldas al tierno niño, los campos abriendo su fecundo seno para regalarnos con toda especie de frutos, hechizando nuestra vista con varios y esquisitos colores, y recreando nuestro olfato con apacibles y esquisitos aromas, pueden dar apenas una escasa idea de lo que será el mundo cuando se resuelva á escuchar las palabras y aceptar los favores con que le brinda el fabricante inglés.

Un punto quedaba capaz de turbar los ánimos y de retraerlos de prestar oido á los consejos de Owen, y era el haber dicho que con su sistema se destruirían las diversas supersticiones que reinaban sobre el globo. Las conciencias tenían sin duda de qué alarmarse viendo que tan sin rodeos se condenaban todos los sistemas antiguos, en los cuales iban envueltas todas las religiones. En esta parte no le es posible á M. Owen dar esplicaciones cumplidamente satisfactorias, á no ser que consienta en dar por el pie á su propia obra admitiendo que antes de él hubo quien tuviese sobre la humanidad ideas razonables. Como él estriba en el supuesto de que hasta su aparicion, el espíritu humano ha vivido en un estado grosero é irracional, no le es dado reconocer que ninguno de los fundadores de las religiones hubiese acertado en el verdadero sistema; así es que no puede transigir en lo tocante á la necesidad de destruir

lentemente todas las supersticiones que dominan en el globo. Mas con la mira de que no se alarmasen los tímidos, recelando que no sobrevinieran violencias y persecuciones, asegura M. Owen que por consideracion á los errores del antiguo estado social y no herir de ninguna manera las conciencias, el nuevo sistema arreglará las cosas de tal suerte, que las viejas supersticiones de cada pueblo mueran de muerte natural, lográndose esto con los menores inconvenientes posibles para los individuos que las profesan, y con el mayor respeto á las flaquezas humanas. Por lo demas, añade, que siendo los dos sistemas enteramente distintos, es claro no ser posible la fusion entre ellos, ni aun en el periodo en que el uno absorberá el otro. El nuevo, como que estará basado sobre la verdad, no admitirá decepciones en la vida pública ni privada, ni entre los individuos ni entre los pueblos; dejando al viejo, que está fundado sobre el error, el que se defienda con la ayuda de sutilezas y mentiras.

El fundador del nuevo sistema ofrece una garantía de que puede realizar lo que promete, en que pasó el primer periodo de su vida ocupado en la industria, en que es un hombre de negocios, de orden y de esperiencia, y que las instituciones que ha escogitado fundadas sobre los principios de nuestra naturaleza y en armonía con ellos, le han sido inspiradas por el conocimiento práctico de las cosas.

No teme el autor de tantas maravillas las dificultades que puedan ofrecerle los hombres inteligentes en la materia; pues que afirma que sus instituciones nuevas, á pesar de la extraordinaria combinacion que encierran, organizando las cosas de manera que toda la raza humana reciba en premio de su trabajo ventajas cien veces mas grandes que las proporcionadas por el antiguo sistema á *ningun individuo*, esos planes inauditos hasta el dia de hoy, esas combinaciones que deben formar un nuevo mundo moral y dar al hombre un carácter racional, están prontos á sufrir el esámen de los mas sábios, mas prácticos, mas experimentados en los cuatro ramos esenciales de la vida humana, que son: primero, la produccion de las riquezas; segundo, la distribucion de ellas; tercero, la formacion del carácter humano desde la niñez; cuarto, el establecimiento de un gobierno local y general.

El inventor se lisonjea de que se aproxima la época de la realizacion de sus grandes designios, de la destruccion entera y pacifica del inmoral sistema que ha regido hasta ahora; y cree ver una señal que anuncia la cercanía de la innovacion, en la *consternacion* de los hombres que se imaginan tener un interés material en la conservacion del antiguo estado de cosas. Segun él, esto indica que

ha sonado la hora de la transformacion: la atencion de los pueblos se siente llamada hácia tan importante objeto, y dirigen sus miradas á esa felicidad en que se interesan los presentes y los venideros.

¿Cuál será el sistema tan maravilloso, al cual prodiga su autor tan entusiastas elogios? ¿cuáles serán los medios que se propone emplear para conseguir tan estupendos resultados? ¿Le ha sido revelada quizás la naturaleza del espíritu humano de una manera desconocida hasta el presente? ¿ha penetrado los arcanos del corazon descubriendo resortes de que no se tenia idea para obrar sobre él y producir efectos que nadie pudiera prometerse? Digna es ciertamente de examinarse esta cuestion, digno es el sistema de Owen de ser sometido á discusion rigurosa, mayormente en la parte tocante á las teorías, con las cuales intenta corregir las ideas, que segun él, habian sido hasta aqui falsas y groseras, teniendo el espíritu humano en un estado irracional del que salian como de la caja de Pandora, los males que han afligido la tierra.

Artículo Tercero.

CONTINUA LA EXPOSICION DE LAS TEORIAS DE OWEN.

El hombre, segun Owen, es un compuesto de organizacion original y de influencias exteriores, de las cuales resultan los sentimientos y convicciones, manantiales de nuestros actos. No siendo el hombre dueño de modificar su organizacion ni las circunstancias que le rodean, se sigue, que así los sentimientos como las convicciones, como los actos que de ahí dimanan, son hechos forzosos, necesarios, contra los cuales él no puede nada; los sufre, no los arregla; están fuera del alcance de su consentimiento; de suerte que el individuo se ve precisado á recibir ideas exactas ó falsas, sin que pueda desear las primeras ni desechar las segundas. Su carácter es un hecho accidental, independiente de él; y su voluntad resultado de convicciones y de sentimientos esclavos, no tiene ni espontaneidad ni libertad. De donde resulta que siendo el hombre juegue

te á un tiempo de su organizacion que él no ha arreglado, y de las circunstancias de su educacion que no está en su mano combatir, sería la mas chocante injusticia el declararle responsable de las palabras ó de los actos, á los cuales se halla empujado por un curso de necesidades inesorables.

No debia M. Owen ofrecernos con tan pomposas palabras el desarrollo de una teoria que nada tiene de nuevo, que es un miserable plagio de la escuela materialista, que no añade ni una sola idea luminosa á lo que dijeron en todos tiempos y paises los que formaron el insensato empeño de rebajar al hombre hasta el nivel de las plantas. Los que han negado la existencia de un espíritu distinto del cuerpo, han debido establecer por necesidad que el hombre era un compuesto de organizacion original y de influencias exteriores; pues quitada el alma como distinta del cuerpo, claro es que solo queda este con su organizacion natural, ó si se quiere llamarla original; y con las modificaciones que esta organizacion reciba de las influencias que la rodean. En tal caso es cierto que los sentimientos y las convicciones, y todos los actos del hombre, serian el resultado de combinaciones puramente materiales, y que este, por consiguiente, no sería responsable de cuanto quisiese ú obrase, dado que careceria enteramente de libertad, y estaria llevado al ejercicio de sus facultades con la misma fuerza irresistible que los cuerpos abandonados á sí mismos se precipitan hácia el centro de gravedad.

Espanto causa que una teoria con la cual se pretende arreglar el mundo, se inaugure con tan tristes auspicios como son la negacion del espíritu del hombre, la negacion de su libertad, la negacion de su responsabilidad, la proclamacion solemne de que no somos mas que un puñado de materia organizada, y de que todos nuestros pensamientos, nuestras voluntades, nuestros actos, no son mas que funciones necesarias sobre las cuales nada tenemos que ver, nada podemos; no siéndonos dado otra cosa que entregarnos á sus impulsos como el péndulo á sus oscilaciones. Espanto causa el reflexionar lo que sería del mundo si llegase á dominar tan funesta doctrina; no solo se destruirian las ideas de virtud y de vicio, que ni siquiera son concebibles en faltando la libertad; no solo desaparecerian las nociones de bien y de mal moral que fueran absurdas, si se las aplicase á la materia organizada; no solo desaparecerian todas las esperanzas y hasta los pensamientos de una vida futura, sino que hasta la presente perderia de una vez todo lo que tiene de bello y de sublime.

¿Qué son las ideas si se supone que no tienen su asiento en un espíritu inmortal, y que no son mas que el producto de la organi-

zacion de la materia? Los sentimientos mas puros, mas hermosos, mas elevados, ¿en qué se convierten desde el momento que llegásemos á figurármolos á manera de funciones de un órgano corpóreo? El hombre entero pierde su íntima naturaleza, no es á nuestros ojos nada de lo que era antes, desde que le consideramos sin mérito ni desmérito, sin virtud ni vicio, sin responsabilidad de sus actos, sin libre albedrío, sin alma. Entonces ya no es una criatura á imágen y semejanza de Dios, ya no tiene altos destinos á que llegar, ya no tiene árduas empresas que acometer: misera porcion de materia organizada, parte imperceptible de ese universo en medio del cual se encuentra arrojado, sin saber por quién ni para qué, hállase condenado á sufrir las duras condiciones de su existencia, arrastrándose como vil gusano sobre ese monton de polvo que se le ha señalado por morada. Sometido á leyes de inesorable necesidad, nada puede hacer, ni para mudar su suerte, ni para mejorarla; sus acciones, su voluntad, sus pensamientos, sus sentimientos, sus instintos, todo cuanto es y todo cuanto tiene, todo depende de la organizacion que le ha cabido en suerte, y de las circunstancias que le han rodeado. Si ejerce un acto que le parezca virtuoso, y que deje en el fondo de su alma la purísima satisfacción de haber cumplido con su deber, ha de desechar aquella idea que tanto le halaga, como vana ilusion contraria á la verdadera filosofia: ya que el acto que le pareciera virtuoso no es mas que un producto de su organizacion material, no ha contraido ningun mérito ejerciéndole, no ha cumplido con ningun deber, porque es un absurdo hablar de deberes y de méritos, aplicándolo á operaciones que dimanen de la organizacion de la materia.

La humanidad, si por desgracia pudiese llegar á tener un solo dia estas horribles convicciones, se sentiria degradada de repente: su frente se abatiria al suelo como la de los brutos, el corazon cesaria de latir con nobleza, apagarase la luz del entendimiento, relajárase la energía de la voluntad, y abandonado el hombre á los instintos mas brutales, abdicaria el hermoso titulo de rey de la creacion.

Pero en vano es que la ceguera del orgullo se empefe obstinadamente en escogitar extravagantes sistemas para destruir lo destructible. El sentimiento de la libertad está en el fondo de nuestra conciencia; en vano intentariamos sofocarle; una voz interior nos clama que somos libres; antes de obrar experimentamos que podemos dejar de obrar; cuando hacemos una cosa, sentimos que podriamos hacer otra; y si alguna vez nos proponemos ejercer adrede el libre albedrío, hallamos que no tiene limites, desde el acto mas juicio hasta el mas extravagante y ridículo.

La responsabilidad de nuestros actos es evidente en igual grado. Cuando hemos obrado bien, sentimos un placer indecible, emanado de una aprobacion interior de lo que acabamos de ejecutar: la accion virtuosa deja en nuestra alma una impresion en estremo agradable, como la flor que al abrir su capullo exhala un suavísimo aroma. Al contrario, cuando nos hemos apartado de nuestro deber, cuando hemos cometido una accion fea, ó hemos dejado de ejercer otra á que estábamos obligados, el remordimiento brota al instante en el fondo de nuestro corazon: una voz íntima que sale de lo mas recóndito de nuestra alma nos reprende con lenguaje severo; en vano nos escusamos á los ojos de los demas; en vano apelamos á fugios para disculparnos en nuestra propia conciencia; en vano huimos de nosotros mismos para no escuchar esa voz que nos importuna y aflige; ella nos persigue en medio de nuestras distracciones, de nuestros placeres, de nuestra disipacion insensata; ella nos persigue de dia y de noche, en la vigilia y en el sueño, en la salud y en la enfermedad, en la dicha y en el infortunio, y de continuo nos dice: "has obrado mal."

Pero sigamos á M. Owen en sus desatentadas teorías. La felicidad, segun él, *la verdadera felicidad, producto de la educacion y de la salud*, consiste en el deseo de aumentar los goces de nuestros semejantes y de enriquecer los conocimientos humanos, en la asociacion con seres simpáticos, en la ausencia de la supersticion, en la benevolencia, en la caridad, en el culto de la verdad, en el uso completo de la libertad individual. ¿Qué significa ese conjunto de palabras cuando vienen en pos de los funestos principios que acabamos de combatir? ¿qué es la benevolencia, qué es la caridad en seres cuya naturaleza no es mas que un poco de materia organizada? ¿qué será el culto de la verdad, qué el uso completo de la libertad individual, si esta libertad no existe, si todos los actos del hombre son producto de irresistible necesidad? Así se procura encubrir la pobreza y falsedad de las ideas con nombres pomposos y brillantes; así se quiere alucinar á los incautos amontonando espresiones que carecen de sentido en la teoría á que se aplican. Siendo tan grosero, tan errado, tan malo todo lo que ha existido hasta aquí, ¿cómo es que les usurpais á los antiguos sistemas sus ideas y hasta sus palabras? ¿Quién os ha enseñado á pronunciar la benevolencia, la caridad, el culto de la verdad, el uso de la libertad individual, sino ese mismo sistema á quien ingrato despreciáis? ¡Ah! es que en el vuestro os seria preciso forjar un nuevo idioma, idioma que si espresase esactamente vuestras doctrinas, seria un cúmulo de absurdidades y degradacion, que no os atreveriais á ofrecer á los

ojos de ningun hombre que no hubiese perdido totalmente el sentimiento de la dignidad propia. Así, cuando hablais de caridad, del deseo del bien de los semejantes, estas palabras tan bellas en el antiguo sistema, ó no significan nada en el vuestro, ó significan ideas repugnantes y desconsoladoras.

Segun vuestras doctrinas, el hombre que tiene benevolencia, y que la realiza con actos benéficos, no practica nada noble, nada laudable, no merece que el favorecido le agradezca los favores, pues que haciendo el bien, ejecuta lo que no puede menos de ejecutar, obedece á una necesidad irresistible, obra lo mismo que la lluvia que por el impulso de su gravedad cae sobre una tierra agostada, y la humedece y fertiliza. Analizad bien estas ideas: formad conforme á ellas vuestro diccionario, y atreveos á estampar en él las palabras de beneficencia y caridad.

Artículo Cuarto.

CONTINUA EL EXAMEN DE LAS TEORIAS DE OWEN.

Segun M. Owen, la ciencia social abraza el conocimiento de las leyes de la naturaleza, la teoría mas esacta de la produccion y de la distribucion de las riquezas, el perfeccionamiento de la humanidad, y el método del gobierno. ¿Cuál será la religion de semejante sistema? Nada menos que *la religion de la caridad*, religion que se muestra muy reservada sobre todo lo que escode nuestros conocimientos, pero que sin embargo admite un Dios criador, eterno, infinito. Es de sospechar que esta profesion de fé, es una vana fórmula, un hipócrita homenaje tributado á la creencia de la generalidad de los hombres, que se llenarian de horror si se les predicase el ateísmo puro. Así es que cuando se trata de rendir culto á este Dios, criador eterno é infinito, el fundador del sistema *racional*, no establece otra adoracion que *esta ley instintiva que ordena al hombre el vivir conforme á los impulsos de su naturaleza*, y alcanzar el fin de su existencia. Este fin es la práctica de la bene-

volencia mútua, y el deseo sin cesar creciente de hacerse felices los unos á los otros, sin distincion de raza, de sangre ni de color. La religion es la *inquisicion de la verdad*, el estudio de los hechos y de las circunstancias que producen el bien y el mal: *amarse, gobernarse bien, vivir felizmente, he aquí lo que es agradable á Dios*. De una teoría materialista, natural era que descendiese una moral tambien materialista; natural era que despues de haber hecho consistir al hombre en una organizacion material, no se hablase de premios ni castigos en la otra vida, no se mentasen las esperanzas y los temores que llegan mas allá del sepulcro. Si el hombre no era mas que un puñado de polvo, era muy justo que se le dejase pegado al polvo, que no se le hablase de porvenir despues de la muerte, ya que esta muerte no era otra cosa que un soplo que desbarataba esa organizacion endeble.

La ciencia del gobierno en el sistema de M. Owen, consiste en fijar sobre bases racionales la naturaleza del hombre y las condiciones requeridas para la dicha; así, un gobierno racional debe proclamar desde luego la libertad absoluta de la conciencia, *la abolicion de toda recompensa y de toda pena, origen de nuestras desigualdades sociales; en fin, la completa irresponsabilidad del individuo*, ya que se le supone esclavo de sus actos. En el sistema del reformador, si el hombre obra mal, no lo debemos achacar á él, sino á las circunstancias fatales de que está rodeado. Un culpable no es mas que un enfermo, y si su enfermedad llega á ser peligrosa para los demas, ábrase un hospital para las *moralidades dolientes*. Cuando las circunstancias que rodean al hombre sean tales que no le inspiren sino bien, las enfermedades de esta clase serán muy raras; y cuando se ofrezcan, *el gobierno racional proveerá á ellas por medio de un Charenton ó de un Bedlam*.

El principio con que se destruye la libertad humana, y por consiguiente toda clase de responsabilidad, trae por precision consigo la doctrina de que el culpable es un enfermo y no otra cosa. En efecto, si suponemos que las acciones del hombre no dimanen del libre albedrío, sino de impulsos naturales á los que sea imposible resistir, tendremos que el ladrón, el homicida y todo linage de criminales, no cometerán sus atentados con verdadera deliberacion, y si solo obedeciendo á una ley de su naturaleza. De tal suerte, que quien clava el puñal en el seno de su hermano ó de su padre, no hace mas que seguir el impulso á que le lleva su organizacion particular, atendidas las circunstancias que le rodean; y no estará mas en su mano el no arrojarle á semejantes actos, que el experimentar una impresion dolorosa si recibe una contusion ú otro daño en un miembro de su cuerpo.

Parece imposible que á la faz del mundo civilizado se propalen doctrinas, que á mas de estar en abierta oposicion con el sentido íntimo, con el grito de la conciencia, con el consentimiento del género humano, con las leyes y costumbres de todos los paises, tienden á desencadenar de tal suerte las pasiones y abrir la puerta á todos los delitos; y lo singular es, que una doctrina que ha sido en todas épocas la enseña de sectas pervertidas, se nos presente como una invencion maravillosa, como indefectible panacea para curar todos los males de la humanidad, como fecundo semillero de prosperidad y ventura.

En todos tiempos se ha reconocido que de los hombres, los unos son mas inclinados al bien ó al mal que los otros: la diferencia de ídoles y caracteres es cosa ya tan conocida y tan generalizada, que en todos los idiomas se encuentran palabras que esplican esta diversidad; pero el buen sentido del humano linage, ha distinguido siempre entre una inclinacion mas ó menos decidida hácia un género de actos y la verdadera demencia. En el que adolecia de la primera, aun cuando le fuera difícil abstenerse de ellos, se reconocia la libertad de no cometerlos, y por lo tanto se le imputaban á culpa; cuando al segundo, totalmente destituido de la razon, se le consideraba como un bruto que obedecia á instintos ciegos, cuya mala tendencia no comprendia, y cuyo impulso no le era posible resistir. Pero declarar de una vez que todos los hombres se hallan en este último caso, es proclamar la demencia universal; y el humano linage, tiene indisputable derecho á rechazar este ultraje sobre la frente del que se lo arroja.

Con tan bella teoría, bien se deja entender lo que sería la sociedad ideada por Owen; los hombres, seguros de que no habian de recibir premio ni castigo, no tendrían ni estímulo para el bien, ni freno para el mal; el que se le antojase robar las halajas de su compañero, asesinar á su amigo, violentar á una doncella, incendiar una casa, ó perpetrar otros actos semejantes, estaba cierto que cuando mas, se le consideraría como un enfermo atacado de inclinacion al robo, al asesinato, á la violacion ó al incendio; y como quiera que absteniéndose de cometer con frecuencia dichos atentados, podría persuadir fácilmente que su enfermedad no es peligrosa, y que el escaso á que ha llegado no ha sido mas que un accidente pasajero, hasta le sería dable evitar que se le encerrase por mucho tiempo en un Charenton ó en un Bedlam.

Sin embargo, y á pesar de tamaña evidencia de los pésimos resultados que consigo traerían tan desolantes doctrinas, M. Owen se lisonjea de que con ellas se podría crear un paraíso sobre la tierra.

y organizar una sociedad donde los hombres se convirtiesen en ángeles. El principio de esta sociedad debiera ser la *vida común*, en la que trabajando cada individuo según sus medios é industria, estuviese provisto de cuanto hubiese menester. En la comunidad, la educación debiera ser la misma para todos, invariable, uniforme, dirigida de tal suerte, que no hiciera *nacer sino sentimientos verdaderos y libres en su emision, conformes, sobre todo, á las leyes evidentes de nuestra naturaleza*. Bajo tales condiciones, y con la ayuda de estas circunstancias, *la propiedad individual llegaria á ser inútil*; y la igualdad perfecta, la comunidad absoluta, fueran las solas reglas posibles de la sociedad.

M. Owen cree que en seguida se podrán abolir todos los signos de riqueza personal, y que la comunidad reemplazará á la familia. Cada una de estas comunidades constará de dos ó tres mil individuos, que se dedicarán á industrias combinadas, agrícolas y fabriles; de manera, que puedan satisfacer á sus necesidades mas esenciales. Las diversas comunidades se enlazarán entre sí y formarán un congreso; en cada comunidad *no habrá mas que una gerarquía, que será la de las funciones, y esta dependerá de la edad*. Hasta los quince años, el individuo recibirá educación; pero en pasando de ellos, entrará en el orden de los trabajadores; los agentes mas activos de la producción, serán los jóvenes de veinte á veinticinco años; los de veinticinco á treinta, cuidarán de la distribución y conservación de la riqueza social; los hombres de treinta á cuarenta, tendrán el cargo de cuidar del movimiento interior de la comunidad; y los de cuarenta á sesenta, arreglarán las relaciones de ésta con las otras de los alrededores; y por fin, un consejo de gobierno presidirá á este conjunto material, intelectual y moral.

Hasta ahora se había creído que era sumamente peligroso soltar el freno á las pasiones, y en todos los países del mundo, bajo todas las formas de gobierno, bajo todas las religiones, bajo todos los sistemas filosóficos que no estuviesen faltos de sentido común, se había conceptuado como de indeclinable necesidad, el reprimir esos impulsos ciegos que tienden á una satisfacción momentánea, que miran á lo presente, sin dar una ojeada al porvenir; que nos levantan á un objeto sin pensar en el resultado que su goce nos puede acarrear, que nos inducen á llenar el deseo sin atender á las consideraciones de decoro, de deber, ni á nada de cuanto se encierra en el nombre de moralidad. La represión había sido juzgada como indispensable, porque la esperiencia está manifestando que si damos rienda suelta á esos impulsos, nos degradan, nos envilecen, nos igualan con los brutos, acaban con todas nuestras riquezas, con nuestra

salud, y hasta con la existencia misma. La facultad que tiene el hombre de resistir á estos impulsos, la libertad que posee de contrariarlos, había sido considerada siempre como una de sus dotes características, como uno de los beneficios con que le favoreciera el Criador, levantándole sobre la esfera de los irracionales. Quien hallándose tentado por una pasión vehemente, que le inducía á un acto criminal, hacia un esfuerzo para dominarla y seguir el camino de la virtud, era mirado como un héroe, era propuesto como sublime modelo que debieran imitar los demas. Aquel era el hombre por excelencia: aquel había mostrado en todo su grandor la dignidad humana: aquel había usado noblemente de su razon y de su voluntad: aquel había correspondido á los designios del Supremo Hacedor, cuando formándole á imagen y semejanza suya, quiso que la conducta de esta elevada criatura no fuese regida por los ciegos instintos á que obedecen los brutos, sino por la razon, destello de la Divinidad, hermosísima luz que nos manifiesta el bien y el mal, que nos guia por el sendero de la vida sin que nos fuerce á seguirle, dejando en nuestra mano el que si nos place escojamos el de la perdición y de la muerte. De esta doctrina sublime, único dogma del hombre, brotaban las ideas de virtud, de cumplimiento de los deberes; la abnegacion, el desprendimiento, la paciencia en los trabajos, la fortaleza en las adversidades, la serenidad en las tribulaciones, la heroica resignacion á perder todos los bienes y hasta la salud y la vida, antes que empañar la conciencia con un acto reprehensible. En una palabra, con el antiguo sistema se concebia la humanidad con todo lo que tiene de bello, de sublime y de grande; el hombre, si bien sujeto á defectos y miserias, es todavía una criatura noble, que lleva en su frente el sello que le imprimiera el Criador: su felicidad no está en los goces de la tierra, su destino final no se halla en este mundo, es un ilustre proscrito, que alejado de su patria, pasa algunos dias de luto y de dolor en este valle de infortunio; pero que en el fondo de su corazón, abriga la esperanza de volver á su tierra natal, y de disfrutar la inefable dicha que allá le está reservada. Hijo del cielo, se dirige hácia el cielo; si se aparta de este camino, es por un extravío lamentable, del cual le remuerde su conciencia: criado para gozar de Dios, no se satisface su corazón con los placeres de la tierra; y sintiendo en medio de ellos un hondo vacío, un malestar inesplicable, conoce que solo le es dado alcanzar la felicidad en la vida futura, cuando le será concedido unirse con su Criador, sumergiéndose en un piclago de amor y de luz.

Toda esta belleza, toda esta sublimidad, son vanas ilusiones según el sistema de Owen; todas estas virtudes de abnegacion, de